

para que tú seas Todo en Todas las cosas.
 No tengo orgullo.
 He puesto mi orgullo a tus pies.
 Nunca seré digna de recoger la cosecha.
 Y todos se complacerán en humillarme y
 compadecerme,
 pero no apartaré la mano de las ortigas.
 Tú vénceme, por favor,
 vénceme, pues únicamente deseo ser vencida.

Soy carbón sobre el carbón,
 cenizas sobre las cenizas.
 Siento tanto deleite yaciendo bajo tu poder,
 aplastada, reducida,
 sometida a la violencia de tu inteligencia y de tu
 hermosura,
 que hasta la hiel me parece dulce cuanto más amarga.
 Castígame con tu superioridad para que aborrezca
 el pan,
 cuando ingiero comida es como si te traicionara,
 es una falta de respeto a la debilidad que te debo.
 Beberé el escarnio como agua,
 y jamás llevaré a juicio, como Job, mis eccemas ni mis
 llagas,
 al contrario, a más castigo más alabanza,
 haz caer plagas sobre mí, no hay éxtasis sin espanto,
 aliméntate de las ramas de mi cuerpo y acábame,
 pues la muerte es mi salud.
 Una palabra tuya y mi vida será de los enterradores.

→ No entiendo a esas mujeres que reclaman sus
 derechos
 por encima del hombre,
 porque yo encuentro dulzura en estar hecha para
 el hombre.
 Por ejemplo, esta carta la estás escribiendo tú.
 Tú construyes el libro de mi mente.
 Por mí misma sería incapaz.
 Carezco de talento.
 Todo esto es gracias a tu genio, no al mío.
 Esa es la diferencia: yo pido milagros,
 tú los haces.

Lo que el ojo no ve y el oído no escucha.
 Eso es lo que tiene reservado Dios
 para todos aquellos que lo aman.

No voy a ocultarlo.
 He venido a destrozar el orden.
 Al padre, a la madre, a los hijos y a los hermanos.
 He venido a destruir a tu familia,
 pues sólo es amor aquello que niega la sujeción al
 mundo.

Aquello que niega el tiempo, la ley y la prohibición.
 ¿Recuerdas a san Mateo?

«No penséis que vine a traer paz sobre la tierra.
 No vine a traer paz sino guerra.
 Porque vine a separar al hombre de su padre,
 a la hija de su madre,

a la nuera de su suegra.
 Los enemigos del hombre son los de su propia casa.
 El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí.
 Y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí.
 El que encuentre su vida la perderá.
 Y el que la pierda en mí, la encontrará.»

Yo ya he matado a los míos.
 Lo único que me sujetaba a la vida eran mis padres y los he abandonado justo al final de sus días, ahora que reclaman mi presencia como vampiros.
 Creo que desde que te amo me atrevo a más, me atrevo a llamar egoísta, mentirosa, retrasada y mala a mi madre,
 me atrevo a todo eso sin sentimiento alguno de culpa, porque tengo tu espíritu, tu espíritu,
 y tu espíritu me acompaña en el valle tenebroso, me atrevo a detestar sin pudor a la gente detestable porque tengo tu espíritu,
 y ya me da igual todo, nada tiene importancia salvo tu espíritu.
 No hay servidumbre en la tierra que me retenga.
 No hay cosa material que me aconseje prudencia.
 Sólo me dedico a ti.
 Si viera que un niño se está ahogando en el mar, no lo salvaría.
 Si viera llegar el diluvio, no avisaría.

La pasión ha alcanzado el centro del cielo y se ha convertido en el trono resplandeciente de mi sombra.

Yo soy como la mujer virgen que no se preocupa de los asuntos del mundo porque sólo se preocupa de las cosas del Señor, que eres tú.

¿Cómo te sientes siendo el sustituto de Cristo?
 ¿Cómo te sientes con tu doble naturaleza, divina y humana?

¿Sabes lo primero que pensé cuando te vi?
 Pensé que todo en ti irradiaba la pasión de los elegidos, como en un Evangelio.

Eras la excepción.
 En mitad de toda la mierda que me rodeaba, eras la excepción.

Eras hermoso, como si la Creación se detuviera ante mí.

Eras el único hijo y el único padre.
 Empezaste a existir dentro de mí sin que tuvieras conocimiento de ello, como un feto, inocente de la sombra sexual que rige el mundo.

Pero ya te derramabas sin cesar en la caverna de mis entrañas, hijo y padre.

Como si me hubiera visitado el ángel.

Y yo deslumbrada con tus preguntas.

Tus preguntas, tus preguntas.

¿Dios y el amor son la misma cosa?
 Te has hecho tantas veces esa pregunta,
 si Dios y el amor son la misma cosa.
 Llevas años haciéndote la misma pregunta.
 Tú te has hecho todas las preguntas antes que yo.
 Y ya nadie puede hacerse las mismas preguntas
 porque tú ya te has hecho todas las preguntas.

Pues bien,
 ahora yo soy la respuesta.
 Soy la respuesta a todas tus preguntas.
 Tú eres las preguntas y yo soy las respuestas.
 Soy el amor en toda su seriedad,
 en toda su divinidad,
 en todo su fervor.
 Y a ti te ha tocado representar la función salvadora y
 redentora del cristianismo
 absorbida por la relación de deseo entre un hombre y
 una mujer.
 Tú eres el Gran Amante y yo La Reina del Calvario.

En el fondo, te amo desde que era una niña.
 Cuando era muy pequeña quería casarme con
 Jesucristo,
 hablaba constantemente con Él.
 ¿Por qué he nacido?, le preguntaba. ¿Por qué he
 nacido?
 Tenía unos cinco años cuando le hice esa pregunta.
 Dormía con un crucifijo,

lo chupaba, lo frotaba contra mi vientre,
 besaba la boca diminuta del Señor.
 Creo que tuve orgasmos desde los tres años,
 empecé a masturbarme con los barrotes de la cuna,
 y después con el crucifijo.
 Lo recuerdo con una claridad total, Jesucristo era mi
 prometido.
 De la infancia, todos los recuerdos tienen que ver con
 Dios y con el sexo.
 Estaba absolutamente unido.
 Iba contra los gálatas.
 El deseo de la carne era el deseo del espíritu.
 Y el deseo del espíritu era el deseo de la carne.
 ¿Te acuerdas del día que me dijiste «no me toques»?
 Habías estado inconsciente durante tres noches
 seguidas
 soportando unas fiebres terribles.
 No me separé de tu lado.
 Y cuando despertaste me dijiste «no me toques».
 Desde aquel día me he convertido en una verdadera
 radical.
 El deseo del espíritu es el deseo de espíritu.
 Ha desaparecido por completo el impulso sexual.
 La imposición se ha transformado en condición.
 Ahora me entrego a la virtud con la misma exaltación
 que otras mujeres a la lujuria.
 Ahora soy como las ciervas blancas de Julio César.

Las ciervas llevaban un collar de plata alrededor del cuello donde podía leerse:
«No me toques, porque soy del César».
Ahora mi cuerpo no es para la fornicación sino para tu espíritu.
Tu espíritu es la obligación de mi carne.
Tu espíritu es la mutilación de mi carne.
Tu espíritu es la mortaja de mi carne.
Porque la castidad nace del propio deseo.
Meto el pan en mi boca como si comulgara, estoy colgada del techo por hilos de incienso, y del mismo modo que tragué el pan, lo vomito, y así maldigo la vanidad del mundo.
Soy una pieza de carne sin agujeros, sin vaciado posible, por eso, para penetrarme deberías herirme, deberías perforarme porque no hay manera de entrar en mí, todo está cerrado, no hay conducto, no hay camino, sólo podrías follarme si antes me hicieras un agujero, un coño, un culo, una boca, y luego te hundieras en esa herida, sangrante y caliente, y me follaras y me follaras, sólo así gritaría al fin un grito de verdad, sólo así me sentiría completamente real.

Al final todo es meramente humano, ¿verdad?
La muerte viene por un hombre y por un hombre viene la resurrección.
Todos son hombres bellísimos, de la tierra al cielo, muero en Adán, resucito en Cristo, y vivo en ti, mi amor.
Sí, estoy enferma, loca y enamorada, y no me importa.
Tengo mucho amor que dar.
Quiero ser la locura de Dios y la debilidad de Dios.
Pues la locura de Dios es más sabia que los hombres. Y la debilidad de Dios más fuerte que los hombres.
Quiero ser Tu Imagen y tu gloria.
He limpiado la casa hasta vaciarla.
Ahora sólo tengo Tu Imagen.
Arriba cielo, abajo cielo, y la vida serena de los volcanes.
Mis ojos ya no son de carne.
Y por eso puedo verte allí donde no estás, como si me hubieran arrancado los párpados para que te contemple en todo momento.
Gracias a tu semblante alcanzo la angustia que me sosiega, la ansiedad sagrada que me tranquiliza, la amargura que me compensa, mi felicidad son mis lágrimas.